

más sabios confesores, le decía: «Quitarme á mí el cantar, es quitarme el comer.»

Su rara cordura, asiento y prudencia, con sus demás virtudes crecían y ganaban tierra cada día. Guiada de la reflexión más madura, á nadie molestaba con quejas ó con la relación importuna de sus males y trabajos, habiendo pasado muchísimo desde su niñez. De aquellos que la perseguían, se apartaba como muda, sin decir palabra en su defensa. Máximas que observaba cuidadosamente á imitación de varios santos, cuyas vidas había leído, siendo su último recurso, en tales casos, encerrarse en su aposento, y desahogarse con su acostumbrado canto. Cuando se veía precisada á corregir y reprender, se mostraba más suave, blanda y agradable. Era tanta la persuasión y el singular arte de insinuarse, que no parecía pedir sino obligar, ni dejaba casi libertad para reusarle cosa alguna. Todo esto causaba gozo, cautivando á propios y extraños; de manera que parecía imposible conocer á Rosa sin amarla.

Cuando apenas tenía cuatro años, suplicaba encarecidamente á una pequeñuela indígena llamada Mariana, coetanea suya, con quien se criaba, y confidenta de toda confianza, que la cargase con adobes, troncos nudosos y pesada cruz para hacer penitencia; con cuya carga tan pesada recorría el recinto de su huerta cayéndose y levantándose á imitación de Cristo cuando caminaba hacia el Calvario.

Tenía Rosa el rostro ovalado, sereno y apacible, pelo rubio y abundante, frente despejada, ceja arqueada y cordoneada; ojo grande y negro; nariz afilada; mejillas rosadas; boca muy chica; barba prominente; manos blancas, pequeñitas y bien torneadas, y regular estatura.



CAPÍTULO IV

Admirable obediencia de Rosa. Piedad y solicitud con que asistió á sus padres.

EN el concurso de dos preceptos, al parecer encontrados, donde por una parte era justo honrar padre, y madre, y por otra conveniente atender más al servicio de Dios, que al gusto de los hombres, aunque sean padres, fué necesario en muchas ocasiones todo el ingenio y la agudeza de Rosa, para obrar de modo que no ofendiese á ninguno. El celestial Esposo tiraba hacia sí el ánimo de la virgen, á quien había escogido y guiado por sendas particulares de perfección, no conocidas al corto juicio de los mortales. Por el contrario su madre, no experimentada en los primores del espíritu, quería reducir á sus órdenes á la inocente hija, pronta y dispuesta á obedecer en todo. Quería la madre que se entregase la virgen á las pompas vanas y burlerías del siglo; que usase de galas, y se introdujese en la celebridad del mundo. Entre estos dos apremios tan distantes entre

sí, fué ardid más que humano, que Rosa dejando á salvo á entrambos, ni se apartase un punto del camino derecho por dónde guiaba el Esposo, ni faltase al cumplimiento ajustado de los mandatos de su madre; siguiendo en ambas cosas el gusto de su divino Señor.

Estando en una ocasión su madre de visita con otras señoras nobles, aconteció, que todas ellas comenzaron á pedir con instancia á Rosa se pusiese una guirnalda de flores, que acaso estaba en la pieza, para darla olor y fragancia. Era tan hermosa y tan bien tejida, que llenaba los ojos, y robaba la afición de todas las circunstantes. Rehuía la modesta virgen con todo encogimiento. Porfiaban ellas con todo esfuerzo importuno, hasta que la madre por no parecer grosera, y por dar gusto á las que estaban de visita mandó las obedeciese. ¿Quién podrá explicar aquí la lucha sangrienta que en un punto se armó en el pecho de Rosa, entre la obediencia que debía á su madre y el casto amor del celestial Esposo, que le ponía horror para que no admitiese estas vanidades? Venció, empero, el ingenio peregrino de Rosa, haciendo paces, y dejando dueños del campo los dos opuestos afectos. Clavó un grueso alfiler por parte de dentro de la guirnalda con disimulo y maña; y de esta suerte no solo se puso en la cabeza airosamente la corona, que ya era para ella de espinas, sino que le apretó con toda fuerza en las sienas, consiguiendo por esta ingeniosa astucia, que fuese instrumento de tormento lo que á los ojos de los hombres era ornato y gala. Así obedeció á su madre; así corrió el espíritu con apresurados pasos al olor del Esposo divino coronado de espinas. Quedara para siempre sepultada en el olvido, esta estratagema rara; si después no fuera necesario valerse de manos ajenas para sacar la punta, que escondida en la corona, había profundizado demasiado en la cabeza; si bien se queda siempre en duda, cual fué lo que más vivamente lastimaba á Rosa, ó la acerada aguja que la ensangrentaba, ó el tormento que le causaba la abo-

rrécida corona. Es cierto, no obstante, que en todo caso era más amiga Rosa de espinas, que de guirnaldas.

Otro caso le sucedió también no menos singular. Deseaba su madre, llevada de la inclinación que todas tienen de ver celebradas sus hijas, que las manos de la virgen, aunque fuese con ayuda del arte, estuviesen muy pulidas, agraciadas, blandas, hermosas, blancas y delicadas. Con este fin había comprado unos guantes de mucho precio, y de muy particular hechura, para que poniéndoselos de noche la virgen, como hacian otras, creciese con este artificio postizo la hermosura de sus manos. Gimió dentro de sí tristemente y estuvo gran rato suspensa; hasta que viendo la cólera con que se lo mandaba, á pura fuerza se rindió á la pesada obediencia, prometiendo cumplir su gusto. Deseaba que se alargase el día, temía que se llegase la molesta noche, en que había de ser forzoso ponerse los guantes. Llegó ya la fatal hora del sueño; apagáronse las luces; y apenas la temerosa virgen comenzó á dormirse, cuando los guantes se convirtieron en láminas abrasadas. Parecía que le abrasaban los dedos con hierros encendidos. Y no era solo parecer de la fantasia, pues de veras la quemaban y abrasaban las manos. Admiróle el nunca experimentado tormento, aunque se alegraba su espíritu, por parecer que con este prodigio la daba Dios licencia para arrojar de las manos tan infernal fuego, sin faltar á la obediencia. Quitó los guantes á prisa y vió claramente que despedían verdaderas llamas, que llenaban el aposento de luz y aun corría riesgo de quemarse toda la casa. Después de arrojados al suelo cesó la llama, apaciguóse el dolor de las manos, y Rosa recreada con suavísimo refrigerio del cielo, descansó con quietud, y pudo reposar lo restante de la noche. Apenas amaneció devolvió gustosamente á su madre los guantes que antes habían sido verdugos de sus manos; y refiriéndole con cándida sencillez todo lo sucedido la mostró las manos abrasadas por las estremidades: y rogóla, que de allí

adelante no le castigase con severidad tan rigurosa, obligándola á usar de artificios tan molestos, sólo por el bien parecer. No daba crédito á esto la madre, pareciéndole que era ficción de Rosa; y para certificarse, miró con atención las manos, lastocó, las examinó despacio, y viendo que estaban llenas de ampollas, tembló de miedo, y cesó de condenar á la hija que era obediente á tan insufribles tormentos.

Treguas fueron estas, en que no la molestó su madre, de poco tiempo; no fué paz asentada y durable; porque valiéndose luego de nuevas artes, ya persuadía á Rosa que tratase de componerse, como lo hacían las otras doncellas de su edad, y á que se adornase el cuello y los brazos; y conformándose con la costumbre admitida pintase el rostro con ungüentos y albayalde; y avivase la agradable belleza de la cara con color y afeites; y que con galas de buen gusto luciese el brío y las prendas con que la dotó liberal la naturaleza. Finalmente todo era predicarla con reprensiones y desazones, hasta llegar á ponerla las manos y maltratarla con golpes, diciéndola que era grosera, desaliñada, ruda, y que por eso huía de lo que usaban todas, y gustaba de andar mal vestida y peor compuesta, sin curiosidad ni cuidado, desdiciendo mucho de las mujeres de su edad y estado, afectando singularidades que nacían de ánimo abatido y despreciable; que por solo su antojo ahogaba las altas esperanzas de lograr matrimonio acomodado y honrado, siendo así que lo extremado de su garbo y buen parecer, el brío y el donaire natural, podían levantarla los pensamientos á empresas grandes; pero que ella todo lo atropellaba, por dejarse llevar de una hipocresía baja y soez.

Rosa firme en el propósito que había formado de virginidad perpetua y más cuidadosa de deslucir, que de aumentar con arte la hermosura del cuerpo, escuchaba todas estas palabras, clavados en el suelo los ojos, con profundo silencio. Digería este alimento indigesto, amargo y desabrido con disimulo y sosiego, ha-

ciéndose sorda á todo; y esto porque hasta entonces sólo esgrimía su madre reprensiones y palabras de quejas. Cuando mediaba mandato, obedecía al punto, haciéndose violencia; porque en su aprecio era igual delito, resistirse á lo que mandaban, que ejecutarlo con tibieza perezosa. Llegó á entender la madre las fuerzas que tenía la obediencia en Rosa, y juzgando echar por el atajo, usar del imperio, deseando un día que saliese su hija muy ataviada y que se pusiese un tocado de mucho relumbrón, tejido sutilmente de azul, de oro y de seda, usó del mandato, pareciéndole que era atar á Rosa de pies y manos; para que sin réplica pusiese por obra lo que se la ordenaba. Aquí fué donde se halló del todo afligida y perpleja, sin saber qué hacerse. Lo más que pudo lograr, fué sacar licencia para no ponérselo hasta dar parte á su confesor. Llegó á sus pies anegada en un mar de lágrimas, asegurándole, que si no hacía de suerte que su madre levantase el precepto que la tenía puesto, era imposible dejar de obedecerla, y que tenía por mejor usar del rozagante tocado, aunque padeciese tanta molestia, que violar en un ápice el derecho que tenía su madre á mandarla. Oyóla el confesor y considerando el aprieto en que estaba Rosa, determinó hablar sobre el caso á su madre. Amonestóla, y con palabras graves la persuadió que cesase en tentar la paciencia de su hija, pues la era tan obediente, sin obligarla á vanidades inútiles y peligrosas, y que acabase de entender, que la virgen desde su infancia iba guiada por el Espíritu divino con secretos y soberanos impulsos, á un alto estado de perfección. Temió, oyendo esto, su madre y por este medio se quebrantó aquella hinchada ola, con que podía irse á pique la obediencia de nuestra virgen.

Escarmentada con estos riesgos Rosa, y deseando asegurarse para adelante, empleando todo su ingenio, inventó después un medio muy á propósito para estar siempre de parte de la obediencia, y redimir por otra la vejación, con que la obligaban á engalanar vanamente

su cuerpo. Y así hablando á su madre, supo darla razones tan insinuantes, tan cuerdas y palabras tan cariñosas, que la cogió el corazón, y la sacó licencia para vestirse un saco basto, y sin teñir, de materia vil y grosera, traje que ni desdice de la modestia, ni es extraño entre las mujeres, que dando de mano al mando y al matrimonio, desean sólo atender á Dios, y á la devoción; protestando á todos con este modo de vestir que esto sólo es su empleo. Con esta divisa castísima se armó Rosa para desterrar y ahuyentar de sí toda la vanidad y la pompa del siglo. No la engañó el corazón: pues así pudo á la sombra de aquel sayal vivir escondida, sin ver ni ser vista, hasta llegar á los 20 años, en que recibió el hábito de Sto. Domingo; con que del todo escapó de trajes profanos, que suelen ser el mayor incentivo de los vicios. Libre, pues, de cuanto era adorno y aliño de su persona, no le parecía ya que era dificultoso obedecer en todo lo demás á su madre, por molesto que fuese. Pondré sólo un ejemplo, por el que podrá fácilmente el discreto lector rastrear lo heroico de su obediencia.

Canta es un lugar afamado, y célebre en el Perú, por las minas que enriquecen su distrito. Pero es mal sano por sus exhalaciones minerales y sus frios intensos. Aquí se había retirado Rosa con sus padres, y al poco tiempo de encontrarse allí no teniendo fuerzas para sufrir los destemplados frios de aquella región, comenzó á padecer contracción de nervios en los pies y manos, llegando á estar casi manca y tullida. Su madre, juzgando que el remedio más á propósito eran pieles de animales que allí se crían, aunque son muy ásperas, aplicóselas á la enferma, atándolas con fuertes vendas y ligaduras, con mandato expreso, que ni las aflojase, ni llegase á quitárselas. Cuatro días pasaron sin que se acordase su madre del penoso remedio que la había aplicado. Callaba Rosa y padecía. Preguntóla su madre cómo la iba y si había quitado las pieles. Respondió la enferma: «Cuanto á la salud no va

mejor; mas á las vendas no he llegado hasta ahora.» Admiróse su madre de tanta sencillez; llegó, desatóla, apartó las pieles y vióla llagada toda y llena de ampollas. Atónita entonces de ver su paciencia, dijo: «¿Cómo has podido pasar días y noches con tal tormento sin quitar la causa de tan insufrible martirio?» A que respondió la obediente hija: «¿Pues no me mandaste expresamente que no llegase á las pieles y que sin tu licencia no las quitase? Te obedecí en todo.»

En otra ocasión quiso averiguar su madre hasta donde llegaba la obediencia de la virgen. Mandóla que formase al revés del dibujo unas rosas que estaba bordando; y que guiase la aguja y los hilos de seda al contrario de lo que dictaba el arte. No quiso ni supo la obediencia de Rosa, ciega en todo cuanto era ejecutar lo que la mandaban, discrepar en nada. Hizo en fin al revés las flores, porque en su aprecio era la primera regla, no el arte, sino el precepto de aquella á quien respetaba por superiora. Vino después su madre á ver la labor, examinóla, miróla despacio, y dando á entender descontento y enfado, dijo: «¿En verdad que va muy bueno el bordado! ¿Estas son flores ó son monstruos de rosas? ¿Qué has hecho? ¿Así has gastado inútilmente el tiempo? ¿Haste dormido, perezosa? ¿Qué aborto es este de ignorancia necia? ¿No echas de ver que todo va errado? ¿No te han chocado tan feas, tan disformes flores?» Oyóla Rosa y respondió, como mansísima paloma, sin hiel, sin ira y sin enojo: «Aunque sé poco de labor, también me parecía á mí que iba todo errado y sin orden, y que era extraño y peregrino el modo de tirar los hilos para que saliesen las flores; pero como tú lo mandaste, no me atreví á ejecutar lo contrario; pero si tú lo quieres, muy dispuesta estoy á deshacer lo hecho y corregir el yerro como lo dispusieres.»

Cada vez y cada día que, libre de las ocupaciones forzosas volvía á las acostumbradas tareas de hilar, coser y tejer, no se atrevía á sacar del sitio donde lo reservaba; la rueca, aguja, hilo, copos ó lienzo y lo demás

necesario para proseguir su trabajo, sin ir primero á su madre y pedir se los diese con su misma mano, recibéndolos con toda sumisión y respeto; juzgando que todo esto era necesario para cumplir con la debida reverencia y sujeción de hija. La madre, atribuyéndolo á demasiada impertinencia, á extremo y ceremonia que podía excusarse, montando en cólera y con enfado y desaire, solía arrojarla de sí con ceño y desagrado, diciéndola: que no gastase tiempo en esto; que era mejor tomar desde luego el puesto de la labor y aplicarse al trabajo, sin consumir el tiempo supérfluamente. Levantaba también el grito, diciéndola: que era cansada cosa hacer tantas peticiones antes de sentarse á trabajar y que las mujeres caseras y trabajadoras que apreciaban de veras el trabajo, siempre tenían muy á mano los amaños y los instrumentos de que necesitaban, sin detenerse en pedirlos á otras; y que esto parecía poca gana de asistir á la labor. Respondió Rosa á todo esto: «Entendía yo que me estaba mejor y que era más acertado juntar con el cumplimiento de mi obligación el mérito de la obediencia y que me diese orden y precepto particular de cuanto había de hacer, volviendo al cabo del día, no sólo la tarea que me señalabas, sino también el tributo humilde al respeto que te debo por ser mi madre.» Tanto como esto estimaba Rosa las más ligeras ocasiones de obedecer, sin dejar pasar por alto ninguna, por más mínima que fuese.

Casi tres años antes de la muerte feliz de Rosa, le ofreció su casa D.^a María de Usategui, mujer de D. Gonzalo de la Maza, Contador de las rentas reales, para sustentarla en ella. Obedeció la virgen, dejando la casa de sus padres; porque así lo mandaron ellos; y decía que en todo había de rendir la obediencia á D. Gonzalo y á su consorte. Aquí no se quitó, antes se duplicó la ocasión de obedecer, porque era opinión de la humilde virgen que el mudar de casa no era eximirse de la obligación de estar siempre sujeta á otros; y así con la misma prontitud que tenía en la de sus padres, estaba

rendida en la ajena; no sólo á los mandatos de don Gonzalo y de su esposa, sino á la voluntad de sus hijas, de la familia toda y aun de las esclavas más viles.

Pero más admirable es aún el que ejercitase nuestra santa esta virtud de la obediencia aun después de la muerte. Una criada que vivía dentro del monasterio de Santa Catalina de Lima, después de muerta la virgen, perdió por descuido una cuchara de plata. La fundadora del Convento, que era entonces Priora, había mandado que no dejasen rincón en la casa que no se mirase, ni alacena, escritorio ó arca que no se revolviere para buscarla, por ver si parecía á costa de estas diligencias. Buscóse en vano mil veces y no se halló nada. Y ya no era tanto el desvelo de la Priora perder la cuchara, cuanto mirar por la fama de las que vivían dentro de la casa; porque era grande el peligro de que se hiciesen muchos juicios temerarios y acaso contra la que estaba más inocente; como suele suceder á cada paso en lances semejantes. Con esto la Priora, cuyo nombre era Lucía de la Santísima Trinidad, confusa y llevada de un gran tropel de pensamientos y dudas, levantando los ojos á una imagen de Rosa que estaba allí colgada, prorrumpió de repente en estas palabras: «Oye, bendita Rosa, oye mis voces y atiéndeme. Yo te mando bajo de aquella obediencia estrecha á que me están obligadas todas las religiosas de este Convento, que hagas parecer luego la cuchara de plata que se ha perdido, y te protesto con toda verdad que ha de parecer antes que yo vuelva de Vísperas á que voy á asistir ahora.» Volvió de Vísperas la Priora, buscó otra vez la prenda perdida, miró á una y otra parte, y he aquí que estaba la cuchara sobre la mesa de la celda, donde mil veces habían mirado. Este suceso, efecto fué sin duda del gran concepto que había quedado en todos de la rara obediencia de Rosa. De aquí que se persuadiera la Priora que después de muerta había de obedecer quien en vida nunca la había estado sujeta; pareciéndole que

bastaba para mandarla y que ella obedeciese el hospedarse allí solo su imagen.

No será ya difícil de apreciar lo puntual y atenta que estaría Rosa, cuando vivía, á la obediencia de sus confesores. Desde que tomó el hábito de N. P. Santo Domingo, estaba toda como colgada de la boca de sus padres espirituales, y lo que ellos la insinuaban, aunque fuese de paso, no la parecía á la virgen sólo mandato, sino oráculo del cielo. En cierta ocasión, enflaquecida por las continuas lágrimas que derramaba, sintió un desvanecimiento fuerte de cabeza que aumentaba la debilidad á que la había reducido el continuo llorar. No moderó por ello las vigiliias acostumbradas, ni alargó el sueño, como era necesario, para repararse. Dióse aviso al confesor; mandóla que después de media noche durmiese cuatro horas á lo menos. Ponía gran conato la virgen en ajustarse á esta obediencia; pero con la costumbre que tenía de dar menos tiempo al sueño, no podía, como quisiera, llegar al término señalado, sin dormir más ni menos; y esto fué bastante para que la affigiese mucho el escrúpulo; como si este fuera gran delito, y violar del todo los fueros de la obediencia. Advirtieron este espíritu de Rosa los de su casa, y así cuando estaba mala, cuantas veces la rogaban que se dejase aplicar los remedios necesarios para mejorar ó que descansase algún tanto, ó que se dejase tratar con más regalo, siempre la decían que así lo mandaba el confesor; y con oír esto, no replicando palabra, obedecía con toda sumisión y rendimiento.

Se necesitaría ser muy prolijos si se hubiera de referir por extenso la reverencia y amor que tuvo á sus padres, con cuánta solicitud cuidaba de socorrer su necesidad con el trabajo de sus manos, y si estaban enfermos, cuánta diligencia ponía en servirles, asistirles, comprar medicamentos y acudir con todo lo demás que era necesario para su alivio y regalo; finalmente, cuán atenta era en prevenir las ocasiones de discordia que podían ofrecérseles; en aplacar los ánimos, si estaban

desavenidos, y en aliviarles las pesadumbres y disgustos que les sucedían. El contador D. Gonzalo admirábase mucho, aunque no lo decía, de ver á Rosa tan falta de fuerzas, de salud tan quebrantada, y que con todo esto, después de cansada con el trabajo de todo el día, no levantaba las manos de la labor hasta media noche. La mujer del contador, viendo á la virgen postrada con los achaques y casi paralítico un lado, de suerte que apenas tenía fuerza para respirar, la exhortaba con palabras llenas de amabilidad y dulzura, que por entonces dejase un poco el trabajo y diese alivio á su cuerpo. A esto respondía la virgen que no se ajustaba su conciencia sin grande escrúpulo á faltar á las necesidades de sus padres, por atender al descanso de su cuerpo.

Más admirable es lo que afirma en el proceso D.^a Luisa Hurtado de Mendoza, viuda del Alférez, Alfonso de Lombrera. Atestigua esta señora que á pesar de dedicarse tanto la virgen á ejercicios santos, de día y de noche, estando tan impedida con enfermedades y gastando tanto tiempo absorta en repetidos raptos, con todo esto hacía más labor en un día que otra pudiera en cuatro; aunque fuera muy diestra y muy aplicada. Y porque no pensemos que por darse prisa salía menos perfecta ó menos bien acabada la obra, afirma un testigo en la causa de su beatificación que la labor de Rosa era tan primorosa, tan curiosa y tan pulida, que muchas veces parecía exceder todo el arte y la industria humana.

No paró aquí el amor y solicitud que empleaba con sus padres. Antes como buena hija avivaba el ingenio para inventar nuevos modos con que poderlos socorrer. Había escogido en el huerto de su casa algunos cuadros donde plantar violetas. Cultivábalas por sus manos, y en llegando á sazón hacía vistosos ramilletes, dábalos á la criada para que los vendiese y luego traía á su madre el corto precio que recogía. Un varón religioso, como depone un testigo en la

causa de su beatificación, la preguntó cuánto era el caudal que rendía para sus padres el nuevo trato y mercancía de flores, á que respondió ella con gracia: «El provecho es bien poco, si el celestial Esposo por modos más ocultos y admirables no lo supliera todo.»

Si acaecía estar enfermos, era su primer cuidado, dando de mano á las otras ocupaciones, servirlos de enfermera, buscar los medicamentos, llevarlos á la cama, darles por su mano la comida, disponer la bebida y los refrescos y aplicarles los lenitivos que ordenaba el médico. Entonces era cuando se le pasaban las noches enteras sin pegar los ojos; estábanse junto á la cama, sin apartarse un punto, componía la ropa, sin dejar hacer á las otras nada que pudiese ser de consuelo para sus padres enfermos. No se olvidaba entre tanto de llamar á las puertas del cielo con fervorosas ansias, logrando buen efecto sus oraciones.

No es justo pasar en silencio, supuesto que se habla del amor, que tuvo Rosa á sus padres, la última prueba de cariño que dió á su madre, momentos antes de partir de este mundo. En el último trance de la muerte, estando ya para partirse el alma, miró Rosa á su madre, que estaba á su cabecera, con el dolor que la ocasión pedía. Y no ignorando que había de ponerla en punto de perder la vida, la pena que tan de cerca la amenazaba con la pérdida de tal prenda, rogó á su Esposo (y fué esta la postrera súplica que le hizo en esta vida) que tomase á su cuenta dar á su madre ánimo y valor en tan apretado lance; pues no bastaban sus fuerzas para no desmayar con tal golpe. Así sucedió, y más cumplidamente que lo había pedido; en espirando la virgen, fueron tantas las avenidas de consuelo y gozo que desde lo alto inundaron el corazón de la afligida madre, que la obligaron, como ella después confesó con juramento, á hacerse mucha violencia á sí misma, para no manifestar la alegría, sin poder sufrir por largo espacio de tiempo tanto raudal de dulzuras como sintió su pecho; tanto que casi no podía contenerse sin

dar saltos de placer. Se vió obligada á retirarse á un rincón de la pieza donde acababa de morir Rosa, para soltar más libremente las riendas al contento y desahogar el corazón que estaba palpitando con la sobrada alegría que le hacía no caber en el pecho. Así que llamándola poco después á otro aposento con el fin de apartarla del espectáculo del cadáver de su hija, no quería ir, por no dejar aquel rinconcillo, sabedor y testigo del mucho júbilo que en él estaba gozando. Nunca la piedad de Rosa recreó á su madre con más solicitud y regalo.

